

La forma plana es «un carácter dominante» y la forma embudo, «un carácter abandonado».

Si dos plantas de las obtenidas con el primer cruzamiento se vuelven a cruzar, su progenie, segunda generación, dará 75% de flor plana y 25% forma de embudo.

Aceptamos que las células de la flor plana original tenían un par de cromosomas que llevaban a su vez un par de factores que determinaban la forma plana.

Aceptamos también que en las cromosomas de la variedad de embudo hay un diferente par de factores que, cuando están en doble número, determinan la forma de embudo.

Cuando hacemos el cruzamiento, lo que en realidad mezclamos son huevos que llevan la mitad factor plano y la otra mitad factor embudo, con «game-tes» masculinos que, de igual modo, la mitad pertenecen a una de las variedades y la otra mitad a la restante.

Sólo en el caso de unirse un factor embudo (huevo) con un factor embudo (gamete) masculino se «obten- drá planta con flor de forma de embudo».

Esto puede ocurrir una vez en cua- tro fertilizaciones.

Así vemos que el carácter «embudo,» de los padres, queda latente en los hi- jos y reaparece en los nietos.

«Ningún factor se altera con la hi- bridación».

En último término, no se conoce in- fluencia alguna que pueda cambiar la naturaleza de un factor; los biólogos dicen que el factor es lo más estable que puede encontrarse.

Esto confirma uno de los principios básicos de Mendel, el padre de la cien- cia en lo que a herencia se refiere.

El híbrido dominante lleva al través de las generaciones el carácter aban- donado y no es posible apreciarlo con la simple observación.

Fuente débil, en el hombre, es un carácter abandonado (cierta clase de debilidad mental, por lo menos) y por esto sucede que aparece, de padres de condiciones normales, un niño débil mentalmente. (Ob. 2).

La condición «ojos azules» es un caso parecido y salen individuos con ese carácter de padres de «ojos oscu- ros».

Los resultados son más complejos cuando se mezclan dos puros de cada clase.

Así, si una Phlox de flor plana y blan- ca se mezcla con otra de flor embudo y coloreada con la primera generación, todas serán con los caracteres do- minantes color blanco y forma plana.

La generación de los nietos es una mezcla: en cada 16 individuos, 9 son de flor blanca y forma plana; tres, blancos y forma embudo; tres colorea-

dos y forma plana y uno coloreado y forma embudo.

Si la flor blanca y plana y la em- budo coloreada fueran las dos únicas variedades existentes, podríamos obte- ner dos nuevas creaciones: embudo blanco y plana coloreada.

Todos los organismos deben consi- derarse como un conjunto de caracte- res, que puede disociarse cuando los generadores (gametes) se forman y ca- paz de hacerse de nuevo, el conjunto, con nuevas combinaciones, cuando se verifica la fertilización.

Este fué el principio que hizo ex- clamar al gran botánico Baur que

«dándole un poco de tiempo él podría producir bocas de dragón al gusto del cliente».

El éxito de Luterio Burbank como creador de nuevas variedades de plan- tas es debido, en gran parte, a la pro- ducción de combinaciones de caracte- res que resultan de la hibridación.

JUAN J. CARAZO

(Trad. para el REPERTORIO AMERICANO).

P. S.

Anotamos dos observaciones a las cuales hemos de referirnos en un próximo trabajo.

## Los niños de Pérez Galdós

¿Quién ha pintado los niños como Galdós? Nadie en España ni en el mundo. Los niños de Galdós viven, juegan, sufren, crecen y mueren con una reali- dad tan honda que al ser padres nosotros la comprobamos con los nuestros.

ALBERTO INSUA

**E**N una revista española de 1920 he encontrado en estos días una ilus- tración que me ha conmovido tan hondo! Es la fotografía de la cabeza de don Benito en su lecho de muerte.

Y ante la imagen de la cabeza exá- nime, me he sobrecogido como si den- tro de ella se ocultara un dios.

¡Cabeza más fecunda que las entra- ñas de centenares de mujeres fecun- dadas!

De esta matriz maravillosa han salido tántas criaturas verdaderas de carne humana a pecar, sufrir y amar por la tierra, exactamente iguales a las que resultan del acoplamiento de los sexos.

No son seres reflejados los suyos, no son seres fotografiados ni retrata- dos, que fueron engendrados allí den- tro por el mismo choque creador de animales y plantas. La fuerza misteriosa que rige el universo, tuvo a bien tomar esa cavidad craneana por el vientre de una Eva.

¿A qué extrañar entonces que des- pués de haberlos parido, esta intelligen- cia haya seguido a sus hijos, con la misma mirada de amor y de piedad con que las madres siguen la peregrinación de los suyos, sin erigirse en jueces?

• • •

Por entre la cabellera inanitiada surge una fila de figurillas infantiles: dijéranse gnomos que salen del suelo de una montaña arrasada por la tem- pestad. Son los niños de sus libros. Forman una ronda en torno de la ca- beza sin vida. Se piensa al verla en la corona de vid que ciñe la cabeza de

Pan muerto. Reflejos de miel rfen en- tre los racimos que tocan la apagada frente, pero la mayor parte de los gra- nos están henchidos del jugo que ha de convertirse en el vino del Dolor.

### 1.—MARIANELA

«Era como una niña, pues su estatura debía contarse entre las más pequeñas, correspon- diente a su talle delgadísimo y a su busto mezquinamente cons- tituido. Era como una juven- zuela, pues sus ojos no tenían el mirar propio de la infancia, y su cara revelaba la madurez de un organismo que ha entrado o de- bido entrar en el juicio. A pesar de esta disconformidad era ad- mirablemente proporcionada, y su cabeza chica remataba con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. Alguien la definía mujer mirada con vidrio de dis- minución; alguno como una niña con ojos y expresión de adoles- cente. No conociéndola se du- daba si era un asombroso pro- greso o un deplorable atraso.»

La ronda se pone en movimiento.

Pasa Marianela, descalza, adornada de flores silvestres medio ajadas, la ca- becilla desgraciada y salvaje, teñida de rojo la figura entera por el mineral del ambiente.

¡Ah! ¡Nela de mi alma! Yo quiero creer que vista de muy lejos, debías parecer por lo fina y chiquitita una de las tanagras que se guardan como cosa preciosa en los museos de Europa.

Los ojos, dos pedacitos de tristeza. La sonrisa, ¿fué que una lágrima se equivocó y en vez de nacer entre los párpados manó entre sus labios?

No sirve para nada la Nela. Sólo para amar... Pero no hay armonía entre el licor y la copa: su Amor es inmenso y su cuerpo miserable.

¡Señor! ¡Señor! ¿cómo queréis que una briznilla de hierba sostenga una estrella con la facilidad graciosa con

que soporta el peso de una gota de rocío?

El espejo de una fuente se ha echado a temblar de conmiseración cuando Marianela se ha mirado en él: «Sobre el fondo verdoso su imagen mezquina, con los ojuelos negros, la tez pecosa, la naricilla picuda aunque no sin gracia; el cabello escaso y la movable fisión de pájaro.»

«¡Madre de Dios, qué feísima es! ella que hacía sentir al ciego a quien sirve de lazarillo «las hermosuras de la tierra». Ella que le explica como es el sol y como son las estrellas y como son las flores; ella que lo consuela con aquello de que «todo lo tenemos dentro. El sol, las yerbas, la luna y el cielo grande y azul, lleno siempre de estrellas; todo, todo lo tenemos dentro; quiero decir que además de las cosas divinas que hay fuera, nosotros llevamos otras dentro». Que le describe el trozo de mar, que se ve entre los cerros de Ficóbriga, así, ante una pregunta de Pablo que cree que el mar es «grande, grandísimo, tan grande, que se estará mirando todo un día sin acabarlo de ver»:

—«No se ve sino un pedazo como el que coges dentro de la boca cuando le pegas una mordida a un pan».

Llora la Nela al contemplar por partes sus facciones en el resto de un mísero espejo que lleva en la faltriquera, y es entonces, que cae sobre la frente de Pablo que no conoce la luz,—pero dentro de cuyas tinieblas se estremece la intuición de la belleza de la forma como el diamante en el carbón que yace en el seno de la tierra—una gota de llanto de los ojos de esta ilusión que es Marianela.

## Al pescador

Pescador, pescador,  
que en el mar furibundo  
sabes hallar la flor  
que se pierde en el mundo.

Pescador: que tu asiento  
más grato sea la roca,  
y allí provoques el viento  
tu pretensión más loca.

Que lances el anzuelo  
en las aguas más hondas,  
y atormenten tu celo  
Esfinges y Giocondas.

Mas, entre los oleajes  
no escuches las sonrisas  
de la sirena, ultrajes  
a la ilusión, cenizas.

Pescador, pescador:  
que en el mar furibundo  
sepa hallar la flor  
que se pierde en el mundo.

RAFAEL ESTRADA

Costa Rica.

Y es trágico, el contraste que hay entre la silueta infantil casi, de apariencia mezquina, tierna, doliente, desamparada y el fondo duro y fantástico en donde se mueve, el ambiente de las minas de Socartes sembrado de rocas y que hace pensar en la pesadilla de un gigante.

Las piedras desgarran su carne desolada y se marcan con la huella de los piecitos heridos.

Hay alguien que no puede resistir la vista de esas patitas que sangran sin que nadie ponga atención en ello. (¡Deben haber tenido un gesto tan humilde de agitarse al compás de la marcha los pliegues de la pobre falda!)

Es el doctor Golfín, aquel Teodoro Golfín de cabezota de león y corazón de panal, quien tiene piedad y se la

echa al hombro. Son los suyos los únicos ojos, que se detienen con inteligente y cariñoso interés ante la pequeña interrogación decarne sensible y abandonada, escrita sobre el paisaje rocalloso por la mano del Destino y que nadie fuera de él, ha parecido ver.

La hija de la Canela se aleja con la tristeza de una copla entonada por una voz que en vez de sollozar su pena, la canta.

La Realidad la acecha, imparable y fatal.

La mirada de unos ojos que se abren a la luz, la deja muerta. Es la flecha que atraviesa a la golondrina aterida, sin fuerzas ya para soñar con la primavera.

CARMEN LIRA

Costa Rica.

## La moral de Guido da Verona

FOGAZZARO y Edmundo de Amicis habían cerrado en Italia el ciclo romántico que iniciara Alejandro Manzoni. Giovanni Verga, escéptico ante la incompreensión ambiente, guardaba un silencio despectivo para su época esperando tiempos más comprensivos para su obra. Rovetta había dado por terminada su labor renovadora. El maestro D'Annunzio, lejos de su tierra, veía brillar en torno de su obra maravillosa la luz crepuscular que precede a las sombras del olvido. Marinetti trataba inútilmente de hacer triunfar el «futurismo» y de convertirse en ídolo. En la generación que se había iniciado en los primeros lustros de este siglo, Pirandello, Zucchi, Albertazzi y Panzini obtenían sólo un triunfo relativo. Alfredo Vanni, que tuvo un momento de popularidad, pasó pronto con la oculta burguesía de sus novelas. Todo parecía indicar que en esa generación no habría un escritor capaz de heredar la popularidad que los años iban quitando a D'Annunzio.

Surgió entonces Guido da Verona. Audaz como un vigoroso «condotiero», revolucionario como un artista del Renacimiento, pagano como un hijo de la vieja Grecia, húmedos los labios por el ático licor optimista que escanció D'Annunzio, con un espíritu renovador ante cuyo influjo hufan las musas de la decadencia, logró en poco tiempo alcanzar una popularidad que nadie en su tierra había obtenido. Sus ediciones superaron en mucho a las más grandes que en Italia se habían hecho. Su segunda novela, *La que no se debe amar*, alcanzó en poco tiempo una tirada de 180,000 ejemplares. Esa imposición rápida en un medio hecho poco propicio por obra de los que le precedieron, atrajo sobre Guido da

Verona la mirada inquisidora de los críticos no sólo italianos sino extranjeros. Al principio la crítica acogió su obra con aplausos innúmeros. Proclamó en él al heredero directo del arte refinado de Gabriel D'Annunzio. El público, esta vez de acuerdo con los críticos, aplaudió abiertamente. Los futuristas, que en aquella época trataban de imponer su forma, lo calificaron entre los suyos como ya habían hecho con el autor de «El fuego». Había en efecto una visión nueva en las novelas de Verona. Esa canción optimista que suena lenta y acompañada en las páginas amargas de *La vida comienza mañana* recuerdan en la

## Tarde dorada y azul

Tarde dorada y azul,  
campos verdes y leonados  
caminos llenos de luz.

Copa de nieve, invertida  
en el fondo del paisaje  
y dorada por el sol  
como una brasa de plata.

Ellas dicen ir alegres  
con nosotros. Cantamos  
a media voz  
recuerdos de la niñez  
con amargura y placer:  
ellos callando su pena  
nosotros nuestro dolor.

¡Azul, tirano cruel.  
—¡Todo el cielo huele a mies!—  
Azul, lleno del olor  
del campo de mi niñez!

¡Volcanes, todo rubor,  
valle, todo palidez!

EDUARDO VILLASEÑOR  
(Mexicano).